

## SOBRE EL FUNESTO LITERALISMO EN LA EXÉGESIS BÍBLICA

**P***olymérōs kai polytrópōs*, “en muchas ocasiones y variadas formas”, unas veces expofeso y otras de pasada, nos hemos ocupado de los requisitos y caracteres que, a nuestro juicio, deben reunir las versiones bíblicas, y aun toda clase de traducciones de una lengua a otra. El tema es no solamente de capital importancia, máxime tratándose de la Sda. Escritura, sino también de palpitante actualidad, dada la enorme proliferación de versiones bíblicas que van apareciendo en nuestros días, de las cuales con más razón aún que respecto a las latinas efectuadas sobre el texto griego bíblico, en frase de San Agustín, en los primeros siglos del Cristianismo, podríamos afirmar son “casi innumerables”.

Dada la convivencia y variadas relaciones de los grupos y colectividades humanas y la compleja poliglotía del globo terráqueo, el arte de la traducción abarca múltiples modalidades, orales, escritas, documentales, epigráficas, libros y cualesquiera otros medios de difusión cultural. Aun sirviéndose de una misma lengua, por la diversidad de dialectos, hablas, regionalismos, jergas, etc., que hacen necesaria a menudo una interpretación, y hasta en el diálogo corriente y moliente, se impone una explicación de expresiones, giros, palabras no entendidas o mal interpretadas. Por lo tanto, el campo y panoramas que este arte, cada vez más difundido e imprescindible, nos ofrece son ilimi-

tados. Importa, pues, perfeccionarlo más y más, en consonancia con el nivel científico y cultural de nuestro tiempo.

Una frase magnífica, como tantas otras, de San Pablo nos revela, sin pretenderlo, lo que no debe ser y lo que sí toda traducción. “La letra mata y el espíritu vivifica” (II Cor 3<sup>o</sup>). Naturalmente, el Apóstol no se refiere ahí en concreto a los aspectos del lenguaje que estamos considerando; pero la profundidad y trascendencia que los textos bíblicos encierran y su irradiación humana autorizan plenamente su aplicación a nuestro caso, si quiera sea por vía acomodada o acomodaticia —de la que bien sabemos ha de usarse parcamente— a las leyes fundamentales del lenguaje, como instrumento básico que es de intercomunicación humana y expresión del pensamiento.

Además, la aplicación que de estos principios generales queremos hacer aquí se orienta precisamente hacia la Exégesis bíblica, con lo cual tenemos otro nexo de unión con dicha frase paulina.

Cumple asimismo recordar que el Apóstol, judío de nacimiento, cuya lengua materna era el arameo, la litúrgica y sabia el hebreo, la de su región natal y países que recorrió en sus viajes apostólicas la griega, y en algún grado quizá también obligado a entenderse en la latina, tuvo que practicar constantemente la traducción de una lengua a otra, no ya sólo en el *verbum mentis* de las lecturas y discurso mental, sino en sus alocuciones apostólicas y en sus Epístolas a las varias Iglesias que evangelizó.

Análogamente podríamos aplicar a nuestro caso la frase de Jn 6<sup>o</sup>: “El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada”, entendiéndolo por “carne” la envoltura material de la idea en las palabras, y por “espíritu”, la idea, el sentido que la expresión verbal encierra.

En el presente estudio vamos a referirnos más concretamente, a tenor del título, no ya a las traducciones en general o aspectos parciales de las mismas, sino a la interpretación o exégesis de los textos escriturarios y consecuencias funestas en el orden ideológico de versiones erróneas en mayor o menor grado, deficientes o incorrectas, de expresiones inadecuadas, que tanta confusión han sembrado muchas veces en los espíritus, creando tipos, módulos o complejos mentales de milenario arraigo, tan

difíciles, por lo mismo, de extirpar, pero que urge rectificar, no obstante la momentánea incomodidad, desajuste o desorientación que el cambio pueda originar. Es ley inexorable del progreso, al arrumbar lo arcaico e imperfecto por inservible.

Toda traducción de un texto presupone una exégesis, un sentido adjudicado a la frase original trasvasada a una lengua determinada, con preferencia a otro; pero aun cuando el término o locución elegidos sean aceptables en algún aspecto o de un modo general, la polisemia complica enormemente en ocasiones la recta interpretación. Considérese, p. e., la multiplicidad de aceptaciones atribuibles en español, y demás lenguas en general, a la voz *mano*. En todos los idiomas, por azares diversos —también las palabras, aún más que los libros, *habent sua fata*— existen vocablos totalmente homófonos y homógrafos con significaciones muy dispares, v. gr. *solar* (nombre) y *solar* (verbo), *vino* (n.) y *vino* (v.) en español, o *bière* (féretro y cerveza) en francés, *códice* (código y códice) en italiano. Voces de esta índole han dado pie a ingenios festivos para graciosos juegos de palabras; recuérdese, p. e. a Quevedo. Mas también han sido ocasión de tropiezo, con frecuencia, a muchos traductores. Son muchos los escollos que ha de sortear quien se dedica a este difícil arte.

Unas cuantas palabras hebreas muy significativas y de rica polisemia bastarán como demostración de nuestras afirmaciones.

*Rûh*, “*spiritus*”, que se repite en el TH bíblico unas 380 veces, y su equivalente ordinario es la Vulgata latina, *spiritus*, unas 340 en el A. Testamento, y tres decenas más en el Nuevo, encierra las significaciones siguientes, que copiamos del gran *Nouveau Dictionnaire complet hébreu-français* de A. Elmaleh: “Aire, viento, fuerte brisa, soplo, aliento, espíritu intelectual, respiración, aspiración, alma, vida, fantasma, pasión; costado, flanco; corazón; vanidad, nada, nadería, frivolidad; valor, deseo, voluntad; cólera, arrebató; recuerdo, memoria, idea, pensamiento; inteligencia; conciencia; duende-lobo, demonio, mal espíritu; disposición, temperamento”. Total: 35 acepciones, que fácilmente podrían llegar a medio centenar en español añadiendo algunos sinónimos, y teniendo en cuenta los determinativos que puedan

acompañar a ese sustantivo. La variedad semántica corre parejas con la multiplicidad.

*Yad*, “*manus*”, aparece de 1.550 a 1.600 veces en el Antiguo Testamento (medio centenar más en la Vulgata que en el TH, en razón de los libros y fragmentos que no figuran en éste), y más de 1.800 en total, incluyendo el A. y el Nuevo. Estas cifras, no superadas por ningún otro sustantivo común en la Biblia, demuestran claramente se trata de una palabra clave en la ideología y la fraseología hebreo-bíblica. Las acepciones que dicho Diccionario registra para esta voz son las siguientes, repartidas en diez grupos: “mano, asa, espiga (en carpintería), gozne, brazo de sillón, clavija, mango, eje (de rueda), eje (centro), pata, tallo; fuerza, pujanza, poder, dominio, vigor, violencia, intensidad, autoridad, golpe, llaga; lado, lugar, paraje, extremo, sitio, cargo (—a), condición, flanco, pared; parte, porción, cooperación, socorro, concurso, ayuda, asistencia, pieza, puñado; monumento funerario, arco de triunfo; inscripción; factor; consejo, profecía; castigo, sanción, dolor; lengua (mar). Total: 50 significaciones, y es de advertir que las locuciones a base de este término que siguen, en dicho Diccionario, llenan cuatro apretadas columnas.

*Ayin*, “*oculus*”, palabra que tan profundamente se adentra en la psicología humana, figura en la Vulgata unas 600 veces (100 correspondientes al N. T.); pero en el TH, aun limitado al A. Testamento se encuentra unas 850 veces, porque entra en la formación de numerosas locuciones prepositivas o conjuntivas. He aquí los sentidos que se adjudican a este sustantivo: “ojo, ojos, mirada, color, matiz, aspecto, aire; anillo; ventana ovalada; faz, rostro, apariencia; centella, fulgor; brillo, chispeo de ojos, aspecto de un país, superficie visible; chimenea, abertura, agujero, orificio, foramen; espera, esperanza; vigilante; rayo (óptica o mecánica), destello, filtración de luz; poste indicador de ruta; atajo”. Suman una *treintena* (prescindiendo, como es lógico, de su homónimo en singular “fuente”). Las frases bíblicas, con especial matiz semántico, y locuciones diversas en que se presenta este vocablo, en su sentido propio o figurado, llenan en dicho Diccionario una docena de columnas.

*Lēb* o *lēbāb*, “*cor*”, término hondamente sugestivo, que abarca en el hebreo bíblico, aparte de su sentido material y el afec-

tivo que generalmente se le adjudica en las lenguas, el intelectual, patente en numerosos ejemplos del texto escriturario, ofrece muy peculiares características en la mentalidad hebraica veterotestamentaria, trasvasadas no pocas de ellas a las lenguas modernas e ideología cristiano-occidental. *Un millar* de veces puede registrarse en la Vulgata esta palabra, del cual corresponde centenar y medio al N. Testamento. Sus acepciones son las siguientes: "Corazón (Fis.), id. como localización de los sentidos y pasiones, id. de los sentimientos morales; id. de la voluntad y el juicio; deseo, razón, espíritu, inteligencia; centro, medio, parte interior, valor, conciencia, pensamiento; pecho, carácter moral; seno, meollo de los árboles, pulpa de una fruta". *Una veintena* en total, pero no pocos de esos significados son de largo alcance y gran profundidad. Una docena de columnas abarcan las frases bíblicas y locuciones anotadas en el Dic. de Elmaleh, que, como es sabido, incluye no solamente el hebreo bíblico sino también el postbíblico y el moderno, modalidades éstas que tienen su entronque en aquél, del cual son extensión y desenvolvimiento. La observación debe tenerse en cuenta, igualmente, para las demás voces explicadas.

*Pānîm*, "facies", es un término de más amplia perspectiva en el orden material que los cuatro precedentes, y su semántica, radicalmente derivada del verbo *pānāh*, "tender hacia, dirigirse a", se proyecta sobre las tres direcciones expresadas en latín por: *facies adversa, pars anterior, superficies* (*Concordantiae Vet. Test.*, de G. LISOWSKY, p. 1.158), así como el sentido estático de *presencia*. Estas varias significaciones fundamentales, y las varias locuciones adverbiales y prepositivas, que llenan cinco columnas del *Lexicon hebr.* de Zorell, en que entra este sustantivo, son causa de que la correspondencia entre el término hebreo y el básico *facies* y, como consecuencia, la traducción latina en la Vulgata, al igual que en las demás versiones, empezando por la Septuaginta, se quiebre en varios otros vocablos o expresiones, y no sea tan fácil como en la generalidad de las voces bíblicas la equivalencia reflejada en las *Concordancias*.

Así observamos que frente al *millar aproximado* de lugares en que aparece en el TH la voz *pānîm* en sus varias formas, solamente unas 650 se registran para *facies*, aun incluyendo los

libros y fragmentos que faltan en el canon hebraico o palestinese y todo el Nuevo Testamento.

Añadamos a las consideraciones precedentes un solo ejemplo de verbo: *facio*, que en las Concordancias latinas rebasa ampliamente los *cinco mil* lugares (A. y N. Testamento), porque se ha empleado para traducir varios verbos hebreos o griegos, en cuyas respectivas Concordancias cada uno de ellos, como es lógico, contará con un número limitado de referencias. Posiblemente sea esta la voz de más extenso catálogo en las Concordancias bíblicas latinas, lo cual no deja de ofrecer interesantes perspectivas en su conjunto. Notemos que la voz *Yahweh* aparece en el TH bíblico 6.823 veces, y *Elohim*, 2.550; pero estos dos nombres, aparte de la peculiar manera como aparecen traducidos en la Septuaginta y la Vulgata, que complica los guarismos, no interesan de modo especial a nuestro propósito presente.

Otra dificultad, y no es la menor, hay que añadir a las indicadas, para el logro de una traducción correcta y esmerada, y es la que dimana del *lenguaje figurado*, tanto si se trata de figuras gramaticales como literarias, sobre todo poéticas. Precisamente el hebreo se caracteriza por una gran plasticidad, tendencia a lo concreto frente a la marcada abstracción propia de las lenguas modernas, fruto de una larga concatenación lingüística y de un estadio superior de cultura. Como ya hemos hecho notar más de una vez, no hay figura retórica o poética de las que tanto hemos admirado en los clásicos griegos o latinos, o en los de las lenguas modernas, imitadores de aquéllos, que no se encuentren en los escritores bíblicos, además de las peculiares de éstos, sean sencillamente “orientales”, sean específicamente hebreo-bíblicas.

El grave error en todos estos casos, como en los anteriores señalados mediante los ejemplos aducidos, ha sido el excesivo y servil *literalismo*, que de ese modo se ha incrustado en la mentalidad y en la fraseología de los que llamaríamos “hijos de la Biblia”. Mil veces repetiremos que lo principal, ciertamente, es el fondo, el contenido, las enseñanzas del mensaje divino, que se han salvado incólumes a través de siglos y milenios. Pero hemos de procurar purificar de toda escoria la áurea Palabra de Dios, a fin de poder verla y admirarla, y, como consecuencia, amarla y asimilarla en toda su inmaculada belleza y esplendor.

“La Ley de Yavé es perfecta... Los preceptos de Yavé son rectos, alegran el corazón; los mandatos de Yavé son limpios, esclarecen los ojos... Los juicios de Yavé son verdad, del todo justos; son más estimables que el oro acrisolado, más dulces que la miel”. Viéndolos así, tal como son, y no oscurecidos por las sombras de incorrectas versiones, que, como hacía notar San Belarmino, respecto a la incorrecta traducción de los Salmos —su observación es aplicable a todos los libros sagrados, en mayor o menor grado— nos dan la sensación de espinas con que nos pinchamos, podremos exclamar con el Salmista del citado salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*: “También tu siervo es iluminado por ellos (los divinos preceptos), y en guardarlos halla gran provecho” (Sl 19<sup>s-12</sup>).

Quizá no sea ocioso añadir, como confirmación y refrendo de lo que antecede, algunas otras consideraciones.

Para captar el sentido genuino de los Libros Sagrados es del todo necesario situarse en el momento histórico-cultural en que fueron escritos, en vez de intentar interpretarlos, como frecuentemente ocurre, a la luz ofuscante de la mentalidad, módulos y preocupaciones del hombre de nuestro tiempo. Pero no es menos cierto que para la certera comprensión de ese fondo y trasfondo ideológico y sentimental, con todas sus derivaciones, es preciso emplear el lenguaje actual, que ese nuestro medio de expresión, y no una elocución híbrida, salpicada de términos, giros y expresiones de la lengua original, aunque sean literalmente vertidos a la moderna de que se trate, como suele hacerse, resultando así una especie de calco del original, pero quedando en la penumbra el sentido propio de tales dicciones o locuciones.

Los *idiotismos* de una lengua, y no hay que olvidar son muchas las construcciones de este género, formando toda una gama abigarrada y compleja, de varios grados y tipos, en general muy poco estudiados por los gramáticos y lingüistas, no pueden trasladarse literalmente a otra si existen similares en ésta, por parentesco, influencia directa o casual coincidencia, pues en la mayoría de los casos ocurrirá fatalmente una de dos; o tales expresiones nada significan, ni iluminan, por tanto, la mente del lector, o bien, lo que todavía es peor, porque le extra-

vian o le dejan perplejo, la frase encierra un sentido muy diferente en la lengua a la que se traducen. Aun ciertas expresiones prácticamente naturalizadas en un idioma, pero que son modismos propios de otro, v. gr. *Rey de reyes, Juez de jueces, Cantar de los cantares* y otras semejantes expresiones, no es seguro se entiendan siempre en su auténtica significación.

Ese literalismo, contra el que venimos clamando hace tiempo, ha perjudicado enormemente a la exégesis escrituraria. Por efecto del mismo, se han ido creando teorías, imágenes, símbolos, tipos y mitos de notoria inexactitud, cuya base y origen fueron sencillamente una defectuosa traducción o francamente errada interpretación de vocablos o expresiones netamente hebraicas o semíticas.

Como contrapartida, recordemos lo que en un reciente estudio acerca de los hebraísmos dejamos expuesto: los particulares matices semánticos con que ciertos vocablos hebreo-bíblicos han enriquecido a sus similares griegos, latinos y de los lenguas modernas, a través de la Biblia, cuya influencia en la cultura y civilización europea con ninguna otra admite parangón. En tales casos, la absorción ha sido perfecta, y todos los hablantes de tales idiomas, aún sin conocer el origen de esa forma sutil de infiltración, tarea propia del filólogo, saben perfectamente la acepción particular, una de tantas generalmente, que encierra el vocablo empleado.

En toda clase de versiones literarias el traductor ha de procurar con gran empeño elevar al lector, si éste necesita por su deficiente cultura, al menos un peldaño, en lugar de rebajarse a su estrato inferior; lo primero es una labor de ilustración y perfeccionamiento, lo segundo equivaldría a desprestigiar el texto y eludir la finalidad instructiva y educadora a que está obligado todo el que escribe.

Por otra parte, quizá no sea exagerada ni calumniosa la afirmación de que la mayoría de los traductores prestan no ya preferente, sino casi exclusiva atención al texto original, con mengua y descuido de su propio lenguaje y estilo, a pesar de ser éste el nuevo ropaje con que va a presentarse la obra traducida. Es una grave equivocación, a nuestro juicio, fuente y raíz de tantas malas o flojas versiones, desaseadas y desabridas, cuando no

incorrectas, como consecuencia precisamente de esa actitud equivocada.

Creemos firme y hasta desearíamos enunciar este principio como ley de toda traducción, que “por cada unidad de tiempo dedicada al texto que se traslada, deberían emplearse por lo menos tres a la corrección, perfeccionamiento y ornato de la frase a la que se trasvasa el original, como a un nuevo troquel”.

El *literalismo* ha sido defecto común a todas las traducciones de la Biblia durante veintidós siglos, desde la más antigua conocida y seguramente también la primera efectuada entre las escritas, la Septuaginta. No negamos que en algunas modernas se ha avanzado mucho en el sentido que propugnamos; pero fuerza es reconocer cuán profundamente arraigada está esa tendencia y el trabajo que cuesta a los traductores —si realmente se lo proponen— cortar esas amarras que tan servilmente parecen encadenarlos al texto original, so color, a veces, de un mal entendido respeto a la lengua del mismo, que implica preterición del debido al idioma a la que se traslada y al lector a quien se destina la versión.

Literalismo no es sinónimo de fidelidad al texto original y sus matices; más bien, con frecuencia, puede ser señal de lo contrario e implica un desvío del sentido genuino del mismo, una traducción a medias, y por lo tanto, impropia, defectuosa y oscura. Esto es lo que ha ocurrido en innumerables pasajes escriturarios, y es lo que urge rectificar, arrostrando sin temor todas las dificultades —hasta diríamos todas las sanas audacias— y consecuencias que la nueva orientación pueda acarrear.

Como corolario final de todo lo que antecede, se deducen obvias razones que evidencian la dificultad de una traducción exacta de la Biblia, y la conclusión, un tanto desalentadora, que no soslayamos y más bien debe servir de acicate —nos referimos exclusivamente a los aspectos lingüístico y literario— de cuán lejos estamos aún de la meta, a pesar de los positivos progresos realizados.

Terminaremos reconociendo, como es natural, que el traductor debe pertrecharse de un gran cúmulo de conocimientos tanto generales como específicos, del campo de la Escriturística en nuestro caso, como son las Ciencias Auxiliares bíblicas, y un

bello ideal, aunque utópico e inasequible en su totalidad hoy día, al que, no obstante habría que aspirar en la medida de lo posible, es el de documentarse hasta donde sea factible, consultando todas las versiones y comentarios, monografías y estudios diversos efectuados sobre cada materia. Por lo menos, seleccionar, entre lo bueno, lo mejor.

Aquí nos hemos limitado a un aspecto, no el menos importante por cierto, que es en realidad la puerta de acceso al sagrado texto para quienes no puedan acudir a las fuentes mismas del original. Aun a éstos les será de enorme utilidad tener a su disposición una versión lo más depurada, que ojalá por añadidura, sea luminosa, fluida y elegante. La gloria de la Palabra de Dios así lo requiere.

*David Gonzalo Maeso*